

en que salió de Reims, donde dejó á Mortier para apoyar á Marmont en la defensa de Berri-au-Bac, no sin prevenir á uno y á otro que contuvieran á Blucher durante algunos dias, disputando sucesivamente el paso del Aisne y del Marne. Llegado á Epernay supo que el principe de Schwarzenberg se habia adelantado mucho á la otra parte del Sena. Tan empeñado estaba en la direccion de París el caudillo austriaco que, caer sobre sus espaldas, parecia un golpe de mano seguro, de gran consecuencia como el de Montmirail, y políticamente necesario á causa de la extremada consternacion de los ánimos en la capital. Con efecto, allí se llamaba á Napoleon á voz en grito, porque no se podia ver la aproximacion de las bayonetas extranjeras, sin invocar al punto el auxilio de su brazo. Acrecentado habian la desolacion de los parisienses los sucesos de Bayona y de Burdeos. Graves eran hasta lo sumo, segun se verá ahora, é inspiraron á los enemigos del gobierno una exaltacion de esperanza, que urgia derribar al golpe. Por todas estas razones tomó Napoleon sin vacilar el camino de Fère-Champenoise, á fin de trasladarse del Marne al Sena. En tal direccion se puso todo el ejército en movimiento el 48 por la mañana.

Antes de seguirle en esta nueva serie de operaciones, hay que bosquejar sucintamente los sucesos pasados en las fronteras de España y que agitaron los ánimos tan fuertemente. El mariscal Soult habia seguido ocupando el Adur por su derecha, y la avenida de Oleron por su centro y su izquierda, mientras lord Wellington se mantenía irresoluto en continuar el avance. Mas habiendo re-

cibido éste los recursos necesarios para alimentar á los españoles, al cabo tomó la ofensiva con ocho divisiones inglesas, dos portuguesas y cuatro españolas. A dos divisiones inglesas y á dos españolas encargó que bloqueasen á Bayona, y con el resto de sus fuerzas, que ascenderian á cerca de sesenta mil hombres, se dirigió contra el mariscal Soult, que, tras de cederle la avenida de Oleron, fué á tomar posicion sobre la de Pau, en las cercanías de Orthez.

Despues de dejar el mariscal Soult, además de la guarnicion, una division entera en Bayona, despues de enviar á Napoleon dos divisiones de infantería y muchas brigadas de caballería, aun conservaba seis divisiones de infantería, y una de caballería, formando en totalidad cuarenta mil hombres de tropas excelentes. Si para vencer no eran bastantes, sobre todo, en frente de tropas inglesas, lo eran sin duda para defender el terreno palmo á palmo, y para cubrir á Burdeos. Esta poblacion era entonces la capital del Mediodía. Además del descontento peculiar de las ciudades marítimas privadas del comercio ya hacia veinte años, reinaba allí un espíritu religioso y realista general en las provincias meridionales, y así fermentaban todos los sentimientos más contrarios al régimen imperial. Llegado á la frontera de España el duque de Angulema, hijo del conde de Artois y sobrino de Luis XVIII, no fué recibido por lord Wellington, gracias al esmero que ponian los ingleses en segregar de esta guerra todo asomo de una cuestion de dinastia. Pero se mantenía á la espalda del cuartel general, y su presencia causaba en el país una agitacion extraordinaria, lo cual

no se habia visto en el Franco-Condado ni en Lorena, donde la llegada del conde de Artois no produjo sensacion alguna. Ya habian aparecido en Burdeos numerosos emisarios realistas, y para ocasionar una explosion bastaba un movimiento del enemigo.

Esto fué lo que decidió á Napoleon á dejar tan importante porcion de sus fuerzas entre Bayona y Burdeos, y lo que debia dar márgen á que, por contener al ejército inglés, hiciera su lugarteniente los esfuerzos mas vigorosos. Asi Napoleon recomendó muchas veces al mariscal Soult que acreditara la mayor energia, que imitara su conducta, esto es, que fuera el primero y el último en el fuego, pues cuando habia que exigir á las tropas una adhesion ilimitada, solo con el ejemplo personal habia medio de conseguirla.

Posicion tomó el mariscal Soult el 26 de febrero algo detrás de Orthez, apoyado sobre las cumbres de la avenida de Pau, con el general Reille á su derecha, el conde de Erlon en el centro, y, finalmente, el general Clausel en el mismo Orthez á su izquierda, cada cual con sus divisiones. Este último cubria el camino de Sault de Navailles. La caballeria vigilaba los bordes de la avenida. Cada ala estaba formada en dos líneas, pronta la segunda á acudir en apoyo de la primera.

A la mañana del 27 de febrero pasó lord Wellington la avenida, y con cinco divisiones inglesas atacó la derecha de los franceses mandada por el general Reille, mientras al extremo opuesto acometia al general Clausel en Orthez el general Hill con una division inglesa y con los portugueses y los españoles. Larga y encarnizada fué la lucha, y

á derecha é izquierda tanto el general Reille como el general Clausel sostuvieron dignamente el honor de nuestras armas. Incontrastable se mantuvo el general Clausel en Orthez, y forzado el general Reille á retrogradar á una segunda posicion, asi y todo estaba cierto de sostenerse, si mediante un empleo vigoroso de las segundas líneas, se volvia á empezar el combate contra un enemigo visiblemente fatigado. Verdad es que podiamos quedar vencidos despues de este nuevo esfuerzo, no teniendo mas reserva, fuera de las seis divisiones comprometidas, que la brigada del general Paris compuesta de un residuo de todos los cuerpos. Tambien podia acontecer que saliéramos vencedores, y entonces las consecuencias fueran de monta. Estas son cuestiones que solo puede resolver el carácter, porque el discurso se pierde en ellas. Viendo el mariscal Soult que no quedaba mas ejército que éste en el Mediodia del imperio, consideró mas prudente retirarse, y lo hizo sobre Sault de Navailles, despues de matar ó herir á lord Wellington cerca de seis mil hombres, y de dejar tres ó cuatro mil de los suyos sobre el campo de batalla. Al retirarse las tropas conservaron un orden admirable é impusieron un verdadero respeto al enemigo.

Pero se acababa de abandonar un terreno sumamente precioso, y á continuacion de una jornada que sin ser una batalla perdida, por fuerza debia tener apariencias de tal muy en breve, porque el enemigo estaria autorizado para llamarla asi al seguir el avance, y porque las poblaciones de mala voluntad del Mediodia no la calificarian de otra manera. Despues de esta batalla de Orthez no que-

daba ya punto donde poder hacer alto hasta el Garona. Por tanto, Burdeos, se iba á encontrar al descubierto, y el grande interés político, al cual habia sacrificado Napoleon cuarenta mil hombres, que junto al Sena salvaran al imperio, se hallaba próximo á malograrse del todo. No habia mas que un recurso, y se cifraba en que el mariscal Soult tomara su línea de operaciones sobre Burdeos y siguiera hácia allí su retirada. En este caso por necesidad tenia que dar otra batalla á riesgo de ser batido, y que replegarse á Burdeos, cualquiera que fuese el resultado del choque, para establecer en rededor de esta ciudad un vasto campo atrincherado, y defenderse allí á imitacion del general Carnot en Amberes. Verdad es que Burdeos no tenia los muros de esta plaza, pero tenia prenda mejor con un ejército excelente que, apoyándose sobre la ciudad debia ser inexpugnable. Aun cuando no se hiciera fuerte mas que de quince á veinte dias, con esto habia para dar tiempo á Napoleon de decidir el destino de la guerra entre Paris y Langres.

Temiendo el mariscal Soult los encuentros con las tropas inglesas, desgraciados casi siempre. bien que por culpa de nuestros generales y no de nuestros soldados, en vez de cubrir directamente á Burdeos, discurrió maniobrar hácia Tolosa, creido de que los ingleses no osarian encaminarse á Burdeos, mientras se hallara sobre su flanco y sobre su espalda. Esta especie de cálculo, muy propio de Napoleon, á quien se tenia miedo, no era tan fundado con relacion á sus lugartenientes, por no temérseles tanto ni con mucho. Lo probaron los sucesos muy pronto. Efectivamente, lord Welling-

ton, que juntaba mas de setenta mil hombres, solo con allegar parte de las tropas dejadas en torno de Bayona, podia destacar diez ó doce mil soldados á Burdeos, los cuales bastaban para producir allí un levantamiento, y retener sesenta mil á su lado para seguir al mariscal Soult sobre Tolosa. Asi lo hizo puntualmente. Mientras el mariscal Soult tomaba el camino de Tarbes, lord Wellington destacó de Mont-Marsan al mariscal Beresford con una columna de tropas inglesas y portuguesas; y éste, hallando sin defensa á Burdeos, entró allí el dia 12 de marzo. No teniendo el general y el prefecto mas que mil doscientos hombres á lo sumo, se retiraron sobre el Dordoña, y los realistas de Burdeos, apoyados por los comerciantes anhelosos de obtener la apertura de los mares, clamaron por el restablecimiento de los Borbones. Entonces acudió el duque de Angulema, y proclamó la restauracion de la antigua dinastia á la faz de los ingleses, que no hacian ni estorbaban nada, contentándose con repetir que las cuestiones de gobierno interior no les atañian de ningun modo, y que lo que tenian á cargo se reducía á proveer á la existencia de sus tropas y á garantir la seguridad de las poblaciones que se fiaran en su lealtad. Poniéndose el alcalde de Burdeos, conde Lynch, á la cabeza del movimiento, dió una proclama en que anunciaba el restablecimiento de los Borbones, y parecia como decir que para restituir á Francia sus príncipes legítimos habian empuñado las armas las potencias aliadas. Fiel lord Wellington, como á una consigna militar, á sus instrucciones, escribió al duque de Angulema reclamando contra la proclama del alcalde de Burdeos, y declarando que

el fin de las potencias aliadas no propendia de ninguna manera á la destruccion de una dinastía, ni al restablecimiento de otra; por lo cual se veria obligado á explicarse por sí ante el público, de no desmentir el aserto aventurado.

Esto era llevar muy allá el escrúpulo de las apariencias, cuando sustancialmente no se queria mas que lo anunciado por el alcalde de Burdeos. De todos modos, lo positivo era que de resultas de una falsa maniobra del mariscal Soult, el enemigo habia entrado en aquella ciudad indefensa, y deparado á los realistas la facil coyuntura de proclamar la restauracion de los Borbones en el Mediodía de Francia; ejemplo de gravedad suma y que podia hallar imitadores. Razonando al medio siglo del suceso, nos parece que debió servir á Napoleon de aviso, para fijarle en torno de Paris de un modo irrevocable. Pero además de que Napoleon no sabia exactamente hasta qué punto se habia enagenado los corazones con su sistema de guerra continua, se hallaba dominado por la imposibilidad de defender ya mas tiempo á Paris á sus inmediaciones, y por la necesidad de ir á la frontera en busca de sus últimos recursos. A mayor abundamiento, segun ya hemos dicho, antes de emprender esta maniobra se hallaba determinado á descargar un golpe violento sobre el flanco del príncipe de Schwarzenberg, á fin de atraerle á sí, ó de retardar su marcha sobre la capital á lo menos. Por esto habia dirigido hácia Fère-Champenoise sus tropas. Allí llegó el 18 por la noche, y habiendo encontrado al paso la caballería de la Guardia á los cosacos de Kaisarow, los destrozó y repelió sobre el Sena. En Fère-Champenoise y

la campiña circunvecina se establecieron los vivagués.

Después de deliberar Napoleon el 19 por la mañana acerca de si marcharia sobre Arcis ó sobre Plancy, se dirigió á este último punto, porque, suponiendo todas las noticias ya en Provins al príncipe de Schwarzenberg, con trasladarse mas cerca de allí creia tener mas probabilidad de caer en medio de las columnas muy poco concentradas del ejército de Bohemia.

Sin embargo, al discurrir de esta manera, no se hallaba enterado Napoleon de los últimos movimientos del enemigo. Alentado el príncipe de Schwarzenberg por los sucesos de Craonne y de Laon, de pronto impulsó á una vanguardia hasta Provins, sin resolucion fija de intentar decisivamente nada, porque además de su prudencia habitual, le retenia á la sazón un ataque de gota. Pero tan luego como supo el combate de Reims, temió alguna nueva empresa de Napoleon, y apresuróse á tornar á Nogent. Además, inquieto el emperador Alejandro al recibir la noticia de que en Chalons habia tropas francesas (pues á esta ciudad fué enviado el cuerpo de Ney, segun se ha visto), receló que, bajando Napoleon de Chalons á Arcis, le cogiera de revés, y corrió á toda prisa á comunicar sus temores al príncipe de Schwarzenberg, cuyo cuartel general estaba entre Nogent y Mery. Menos atrevido por lo comun el príncipe de Schwarzenberg que el emperador Alejandro, con todo, le aventajaba en lo sereno, y sin hallarse tan convencido del peligro como el monarca ruso, durante el día 18 atrajo sobre Troyes sus cuerpos harto diseminados, con el designio de concentrarlos en

Bar-sur-Aube, para no quedar expuesto á un movimiento de flanco de su formidable enemigo.

Así mientras el 19 avanzaba Napoleon sobre Plancy al galope á la cabeza de su caballería, el mariscal de Wréde, dejado entre Arcis, Plancy y Anglure, en custodia del Sena, se hallaba en retirada sobre Arcis. El cuerpo de Wittgenstein, mandado ya por Rajeffsky, los del príncipe de Wurtemberg y del general Giulay se replegaban al mismo tiempo hacia Troyes, y entre este punto y Brienne se concentraban á las órdenes de Barelai de Tolly las reservas.

De consiguiente, al desembocar Napoleon por Plancy, hallóse algo mas á la derecha, mas hácia París, y muy pronto convencióse de ello al ver la marcha retrógrada de las diversas columnas del ejército de Bohemia. No obstante, amaestrado por la experiencia en que, lanzándose atrevidamente en medio de tropas en retirada, existe mas probabilidad de hacer buenas presas que de hallar una resistencia fuerte, sin vacilar pasó el puente de Plancy con la caballería de su Guardia, y luego de cruzar el Aube se dirigió al Sena. Sobre su izquierda dejó al general Sebastiani con las divisiones de Colbert y de Exelmans, para estar al cabo de lo que acontecia por la parte de Arcis, y con la Vieja Guardia de á caballo de Letort corrió al puente de Mery sobre el Sena en derechura. Estando ocupado por el enemigo aquel sitio, Letort vadeó la corriente por mas abajo, y cayó en medio de la retaguardia del príncipe de Wurtemberg. Tras de acuchillar á algunos centenares de hombres hizo la importante presa de un tren de puente del ejército de Bohemia. Si Napoleon poseyera este instru-

mento de guerra un mes antes, quizá se desembarazara de todos sus enemigos. Uno se le acababa de enviar de París, si bien por lo muy pesado no podia ser de provecho. Así le fué sumamente satisfactorio adquirir uno de buena construccion y como ligero de fácil transporte. Despues de este reconocimiento atrevido dejó en Mery á Letort, ocupado en correr detrás de la cola de las columnas enemigas, volvió á pasar el Sena en persona, y fué á dormir á Plancy junto al Aube.

Perfecta luz habia dado á la situacion aquella jornada. El príncipe de Schwarzenberg se retiraba á toda prisa, por el solo miedo de tener el ejército francés á su flanco derecho, ¿qué seria cuando le creyera á su espalda? Así Napoleon resolvió aprovechar la circunstancia de estar París desembarazado, y de manifestar el príncipe de Schwarzenberg tan poca firmeza, para volver á su proyecto de ir sobre las plazas, de coger allí las guarniciones y de tomar posicion de esta suerte con casi duplicadas fuerzas á la espalda del enemigo. Muy de creer era que el príncipe de Schwarzenberg, ya en retirada, la llevaria aun mas atrás cuando Napoleon estuviera en Vitry, en Saint-Dizier, en Toul, en Nancy, y que Blucher no avanzara por su parte cuando retrocediese al generalísimo austriaco (1).

De resultas adoptó Napoleon las disposiciones siguientes. Ya libres del enemigo los mariscales Oudinot y Macdonald y el general Gerard, les or-

(1) Aquí hablo á tenor de la correspondencia de Napoleon, trazando dia por dia, hora por hora, sus resoluciones y sus movimientos.

denó que subieran por Provins, Villenauxe, Anglure, Planey, y se le incorporaran en Arcis por la orilla derecha del Aube. Ney, enviado al mismo punto por la propia ribera, debía llegar allí en el curso del día con la Joven Guardia, y Friant con la Vieja. Para otro día 20 por la mañana, resolvió Napoleon llegar al propio sitio con la caballería de la Guardia, remontando por la orilla derecha el Aube. Tras de allegar en rededor de Arcis á Ney, á Friant, á Oudinot, á Macdonald, á Gerard, y de recoger al paso algunos despojos del enemigo, tras de recibir los convoyes despachados de París á las ordenes de Lefebvre Desnoettes, debía hacer punta del Aube al Marne, y trasladarse á Vitry, Saint-Dizier, y aun quizá á Bar-le-Duc. Fácilmente se le podían unir por Chalons los mariscales Mortier y Marmont, dejados en Reims y en Berry-au-Bac, y Napoleon envíeles órdenes al efecto. Todo se arregló así de manera de dirigirse con setenta mil hombres sobre las plazas. Despues de estas disposiciones escribió á París lo que iba á poner por obra, recomendó mucho la sangre fría á todos, y mostróse lleno de confianza. En gran parte esta confianza era afectada, pero tambien se podía calificar en gran parte de sincera, pues conocia el mérito de sus combinaciones, y no dudaba de sus resultados.

A otro día 20 de marzo, que debía ser memorable mas de una vez en su vida, abandonó á Planey, para remontar el Aube por la orilla izquierda con una porcion de sus ginetes. Otra habia dejado Letort alrededor de Mery, con el fin de coger bagajes y prisioneros. Al frente de las divisiones de Colbert y de Exelmans, tomó el general Sebastia-

ni la delantera, y dirigióse á Arcis. Con su extremada confianza desdeñó Napoleon volver á cruzar el Aube, para caminar á cubierto, y marchó sobre Arcis por la ruta trazada á sus diversos destacamentos de caballería.

Llegado á eso de medio día á Arcis junto al Aube, encontró allí al general Sebastiani muy zozobroso de resultas de lo que habia descubierto por el camino. No menos inquieto que el general Sebastiani aparecia el mariscal Ney, que acababa de llegar por la orilla derecha del Aube al mismo punto. Despues de rechazar uno y otro á las avanzadas hávaras, creían haber divisado entre el Aube y el Sena, esto es, entre Arcis y Troyes, á todo el ejército de Bohemia. Si era así efectivamente, no habia tiempo que perder en abandonar á Arcis, que se halla á la orilla izquierda del Aube, y pasar á la derecha, con el fin de poner el rio de por medio y lograr este resguardo contra el enemigo. Aunque de resultas de la incorporacion prescripta para Arcis, se debian tener muy en breve setenta mil hombres, cuando Oudinot, Macdonald, Gerard y Lefebvre hubieran llegado, y ochenta y cinco mil en Vitry, cuando Mortier y Marmont acudieran á este sitio, no se contaban mas que veinte mil por el momento. Con efecto, habia cinco mil hombres de caballería de la Guardia; Ney llevaba de nueve á diez mil hombres de infantería de la Guardia Joven, y Friant de cinco á seis mil de la Vieja. Con estas fuerzas no se podia hacer cara á los noventa mil soldados del príncipe de Schwarzenberg, concentrados entre Arcis y Troyes.

Napoleon, que habia visto en Mery á las columnas de Schwarzenberg en retirada, no podia

imaginar que este príncipe tratara de hacer alto entre Troyes y Arcis para arriesgar una batalla. Un ligerísimo reconocimiento ejecutado por un joven oficial hácia el camino de Troyes, le confirmaba en su creencia, y dispuso establecer la infantería de Ney delante de Arcis, algo sobre la izquierda, en el Grand-Torcy; á la par envió al otro lado del Aube en busca de su Vieja Guardia, próxima á llegar á este punto, así como Lefebvre Desnoettes según se anunciaba por cierto. Este último le traía cerca de seis mil hombres. En tal actitud resolvió esperar los sucesos, que no podían menos de aparecer claros dentro de pocas horas. A decir verdad, muy luego adquirieron la claridad mas espantosa.

Sin embargo de tener muy poco de temerario el príncipe de Schwarzenberg, poseía la entereza de un veterano, y después de replegar sus principales cuerpos de Nogent á Troyes, con noventa mil hombres no podía retroceder mas á la vista de los treinta ó cuarenta mil, que suponía á Napoleon por entonces. Además, estaba cansado de las murmuraciones de los prusianos, de sus fanfarronadas continuas, y les quería probar que era tan capaz como ellos de arrostrar el choque del terrible emperador de los franceses. Así resolvió dar frente á la derecha, é ir sobre Arcis para aceptar la batalla, si se le ofrecía, y en todo caso para impedir que los franceses se lanzaran sobre Troyes y ejecutaran nuevas capturas. Con esta mira ordenó á los bávaros que se acercaran á Arcis por su derecha; al mismo sitio condujo de frente los cuerpos de Rajeffski, de Wurtemberg y de Giulay, y enlazó estas dos masas con las guardias y las reservas.

Delante de Arcis estaba á cosa de las dos de la tarde.

Picado el general Sebastiani á consecuencia de ciertas palabras de Napoleon, que no había tomado en serio sus temores, se arrojó con algunos escuadrones hácia el camino de Troyes, para ver mejor lo que juzgaba haber visto hártó bien la vez primera. Mas allá de Arcis y en dirección de Troyes, la desigualdad del terreno con sus muchos altos y bajos puede ocultar porciones considerables de tropas. Bien pronto, después de cruzar las primeras quebradas, descubrió el general Sebastiani á la caballería bávara y á la caballería austriaca avanzando en masa, y volvió á toda rienda á dar aviso á Napoleon de lo que había observado. Se apresuró á hacer montar á caballo á las divisiones de Colbert y de Exelmans para oponerlas al enemigo. El general Kaiserow á la cabeza de muchos miles de ginetes, cargó á la división de Colbert, que apenas contaba de setecientos á ochocientos, y la lanzó sobre la división de Exelmans que, arrastrada como ella por el choque, se vió forzada á ceder el terreno. Perseguidos y perseguidores llegaron á Arcis revueltos unos con otros. Ney estaba á la izquierda en el Grand-Torcy con la infantería de la Joven Guardia. Entre este punto y Arcis había á lo sumo de tres á cuatro batallones, entre los cuales se hallaba uno polaco de nacion y mandado por el comandante Skrzynecki; el mismo que en 1830 defendió tan noble y tan hábilmente como general en jefe á la Polonia moribunda. Este batallón no tuvo tiempo mas que para formar el cuadro y encerrar á Napoleon en su seno, para librarle del torrente de la caballería enemiga. Orgullo-

Los polacos del precioso depósito confiado á sus bayonetas, se mantuvieron firmes bajo una lluvia de granadas, y contra los repetidos asaltos de numerosos escuadrones. Pero Napoleon no aprovechó mucho tiempo el asilo hallado entre ellos. Amortiguado el primer choque de la caballería, salió del cuadro, dirigióse hácia Arcis al galope, á riesgo de caer prisionero, detuvo y rebizo á sus ginetes en fuga, y lanzólos personalmente sobre el enemigo. Nuestros escuadrones, electrizados con su presencia, cargaron con el mayor denuedo, y así lograron contener, ya que no les fuera posible rechazar, á la masa harto superior de los ginetes bávaros y austriacos. Durante este tiempo, situado Ney en el Grand-Torcey, se apercibía á resistir á todos los esfuerzos del ejército de Bohemia. Lo esencial era mantenerse firmes hasta que la Vieja Guardia, cuyas cabezas de columna se divisaban á la otra orilla del Aube, lo cruzaran y ocuparan á Arcis. Cuando los seis mil hombres de esta tropa de preferencia se hallaran delante de dicho pueblo y se dieran la mano con los diez mil reclutas mandados por Ney en el Grand-Torcey ya se podia estar tranquilo. Pero faltaba que llegasen al cabo.

Entretanto Ney sostenia en Torcey asaltos furiosos. El cuerpo del mariscal de Wréde entró en línea, y por su derecha compuesta de austriacos atacaba el Grand-Torcey, á la par que por su izquierda compuesta de bávaros se proponia separar esta aldea de la de Arcis. Todas las reservas rusas, prusianas, austriacas, formadas por las Guardias, por los granaderos y los coraceros, marchaban en apoyo de este ataque. Así teniamos cuarenta mil hombres de infantería ante noso-

tros, sin contar las incesantes oleadas decaballería.

Ney defendió el Grand-Torcey con su teson de costumbre. Establecido dentro de las casas y detrás de las barreadas calles de la aldea, contuvo por medio de un fuego espantoso á las masas de la infantería austriaca. Un momento se halló vencido por el número y arrojado del Grand-Torcey; mas poniéndose á la cabeza de algunos batallones y dando una carga desesperada á la bayoneta, se volvió á meter en su recinto, donde se mantuvo ya incontrastable. Al mismo tiempo Napoleon, corriendo sin cesar de Arcis á Torcey para animar á las tropas con su presencia, estuvo á pique de ver terminado su prodigioso destino de un solo golpe. Una granada cae delante de un batallon de reclutas, poco acostumbrados aun á espectáculos de esta especie, y los hombres mas próximos al proyectil humeante, retroceden un paso. Napoleon empuja su caballo sobre la granada para enseñarles á menospreciar el peligro: en esto rompe la granada; le cubre de fuego y de humo, y sale sano y salvo de la nube inflamada. Solo su caballo sale herido; y monta en otro al son de los gritos de entusiasmo de sus reclutas.

Merced á estos actos de heroica temeridad conservamos nuestra posicion. Al fin la Vieja Guardia cruza el puente de Arcis guiada por el intrépido Friant. Napoleon la situa delante de Arcis por sí mismo, y envía en apoyo de Ney á dos de sus veteranos batallones. Muy á tiempo llega el socorro, pues la Guardia rusa, entrada en línea, se presentaba entonces para reforzar al mariscal de Wréde. Contra el Grand-Torcey se intenta un postrer ataque todavía mas violento que los anteriores.

Ney lo sostiene con imperturbable firmeza, y al fin lo rechaza victoriosamente.

A la par que este refuerzo de infantería veterana llega en ocasión tan oportuna, Lefebvre-Desnoettes, salido de París á fin de incorporarse al ejército, desemboca por el puente de Arcis á la cabeza de dos mil caballos, con los cuales se ha adelantado á su infantería. Entonces, disponiendo ya el general Sebastiani de cuatro mil ginetes, se despliega en la llanura de Arcis, que se eleva ligeramente hácia el enemigo, y se apresta á tomar el desquite. Sus escuadrones bien conducidos rompen los de Kaisarow, los arrollan sobre los de Frimont, y se vengan de la refriega de aquella mañana. Mas en breve asoman la caballería bávara y además la gruesa caballería rusa, y la prudencia aconseja replegarse sobre Arcis. Así se logra llegar á la caída de la tarde, manteniéndose Ney en el Grand Torcy, la Vieja Guardia en Arcis, la caballería entre ambas aldeas, y se evita el desastre que con menos entereza padeciéramos de seguro. Efectivamente, al principio fuimos catorce mil contra cuarenta mil hombres, despues veinte contra sesenta, y, por último, veinte y dos ó veinte y tres mil contra noventa mil, porque sobre nuestra derecha habian desembocado de Nozay los cuerpos de Giulay, de Wurtemberg, de Rajeffski, y empezaban á tomar parte en el combate, cuando la noche vino á separar á los dos ejércitos.

A lo lejos hácia nuestra derecha habia pasado un episodio que pudiera tener funestas resultas, sin el raro denuedo de la caballería de la Guardia. Se hace memoria de que los granaderos y los cazadores de á caballo fueron dejados mas allá del

puente de Mery á la orilla izquierda del Sena, con las presas hechas el dia antes y especialmente con el tren de puente de que se habian apoderado. Llevándolo consigo salieron de Mery por la mañana, y aspiraron á incorporarse al ejército, marchando en derechura de Mery á Arcis por Premier-Fait. Naturalmente cayeron en medio de toda la caballería de los cuerpos de Rajeffski, de Giulay y de Wurtemberg, juntos bajo el mando de este principe. Acometidos por una fuerza cinco ó seis veces mayor que la suya, no se salvaron sino desplegando singular bizarría, y batiéndose sable en mano durante muchas horas. Al fin se les unieron los escuadrones de los depositos de Versailles, que iban camino de Mery, y se replegaron sobre este punto, sin perder mas que unos cien ginetes, y, sobre todo, sin soltar el tren de puente de las manos. A otro dia ganaron á Plancy, atravesaron el Aube y vinieron á incorporarse al ejército por la orilla derecha de este rio con los cuerpos de Oudinot, de Macdonald, de Gerard, en marcha de Provins á Arcis.

Tal fué la batalla de Arcis-sur-Aube, la última dada personalmente por Napoleon en la presente campaña, y en que así el ejército como él hicieron prodigios de energía. Se consideraba como victorioso y lo creia sinceramente, porque era un milagro que veinte mil hombres hubiesen resistido á una masa elevada sucesivamente de cuarenta á noventa mil enemigos. Orgulloso estaba de sí propio y de sus soldados, y en esta posibilidad de pelear contra fuerzas tan desiguales, veia prendas de triunfo para la continuacion de la guerra. Tanta vino á ser la confianza que á otro dia quiso hacer cara á todo el ejército del principe de Schwarzen-